

SIERVOS MISIONEROS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
Comité de la Vida Espiritual
Padre Gustavo Baloco S.T

REFLEXION DE CUARESMA

2020

CUARESMA, CAMINO, ENCUENTRO Y TRANSFORMACIÓN.

INTRODUCCIÓN

El espíritu del cenáculo es un Espíritu de oración. Reconocemos que sólo una persona espiritual puede vivir una vida apostólica, y no podemos ser espirituales sin la oración. Se atribuirá un gran valor a los periodos de oración en silencio y a los de recogimiento. (regla de vida #17)

Debido a que necesitamos por nuestra fragilidad humana de la misericordia de Dios, hemos de frecuentar el sacramento de la penitencia, en busca de reconciliación y sanación. A través de la experiencia del perdón sacramental, aprendemos a sentir más piedad y compasión. (regla de vida #16).

Cada año celebramos la cuaresma en preparación a la pascua desde la oración, el ayuno y la limosna, con el fin de entrar en la reflexión, la meditación y la oración, para luego ir a la confesión y renovar así nuestra vida espiritual. Este año estamos invitados a vivir la cuaresma desde un camino que te lleva al encuentro con Dios a la imagen de Jesús quien fue conducido por el Espíritu a entrar en el desierto. Allí en el desierto nos encontraremos con nuestros temores, desafíos, frustraciones, aciertos y desaciertos en nuestros ministerios y en nuestra vida personal. Y finalmente, transformaremos nuestros miedos en seguridades; nuestras frustraciones en alegrías; y nuestros desafíos en experiencias que nos ayudan a crecer en nuestra vocación y relación con Dios.

De allí que las siguientes preguntas nos ayudarán a entrar en la cuaresma:

En tu caminar como siervo misionero ¿Cuáles han sido los desafíos que has encontrado en tu ministerio desde lo personal, comunitario y pastoral?

¿Dedicas tiempo para dejarte encontrar por Dios en el tiempo de cuaresma?

En las actividades de cuaresma sacas tiempo para revisar ¿Qué necesitas transformar en tu vida espiritual y en tu vida personal y comunitaria?

Apoyo bíblico

Tentaciones de Jesús según San Mateo (4, 1-11)

"Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. .Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. .Y acercándose el tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.». Más él respondió: «Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» .Entonces el diablo le lleva consigo a la Ciudad

Santa, le pone sobre el alero del Templo, y le dice: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna.». Jesús le dijo: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.». Todavía le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras.». Jesús le dice: «Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto.». Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían."

<https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/mateo/4/>

Otras citas que nos ayudaran a la reflexión

(Hch 9, 1-21; Jn 4,1-26; Mc 2,1-12; Salmo 50; Lc 3,3-14)

Material que nos ayudará a entrar en nuestro desierto cuaresmal

Miércoles de Ceniza / El Espíritu de la Cuaresma

Artículo en el Holy Ghost Magazine, febrero de 1931, MF 14093.

“Vuelvan a mí, con todo el corazón, con ayuno, con llantos y con lamentos. Rasga tu corazón y no tus vestidos, vuelve a Yavé tu Dios” (Joel 2, 12-13). Con estas importantes palabras, la Iglesia, al igual que San Juan Bautista, invita a sus hijos a entrar en el espíritu de la penitencia. Estos días de Cuaresma, santos y saludables, ya están aquí . . . Hoy acompañamos a nuestro Bendito Señor al Él dirigirse al desierto, e impulsados a una iracunda auto violencia, pasaremos cuarenta días estudiando y siguiendo los consejos saludables de la Iglesia.

¡Qué gracia estupenda estar con Jesús en el desierto! ¿Cuánto la apreciamos, la agradecemos y cuán contentos nos sentimos por ella? Esta llamada al desierto es el aviso del amor de Dios a nuestras almas. Él anhela y desea limpiar nuestras almas, llenarlas con la abundancia de su gracia y la profundidad de su amor. Conociendo la infinita misericordia del amor de Dios, cuán justamente iracundos debemos sentirnos al continuar con nuestra mezquindad, cuando nuestra naturaleza carnal intenta entorpecer o ahogar ese grito.

¡Nosotros mismos podemos convertirnos en un obstáculo a nuestros mejores intereses!

¡Cómo contradecemos a lo mejor que llevamos por dentro! ¿Por qué estamos siempre huyendo de la verdad? Es porque el propósito escondido dentro del corazón, la misma esencia de la vida de nuestro Salvador, está oculta a nuestro entendimiento oscurecido.

Los intereses indignos y el amor propio indisciplinado han tendido un velo ocultando la eficacia del sufrimiento y de la aflicción ...

Nuestro agradecimiento al Espíritu Santo por la doble gracia de llamarnos a hacer penitencia y por presentarnos el ejemplo divino de nuestro Bendito Señor haciendo penitencia por nuestros pecados, lo que debe impulsarnos a mostrar “los frutos de una sincera conversión” (Mateo 3, 8). Hagamos un cambio en nuestras vidas, en nuestras mentes y en nuestros corazones. Rechacemos nuestro apego al pecado y volvamos a centrarlo en Dios. Esforcémonos por satisfacer la justicia divina por las injurias, las afrentas que nuestros pecados le han causado. La mortificación voluntaria de la carne, la mortificación de la mente, la resignación a la voluntad santa de Dios en todos los

acontecimientos de la vida, la paciencia en el sufrimiento nos ayudarán a llevar a cabo estas resoluciones.

La Iglesia nos implora a que hagamos penitencia. El Cristo misericordioso nos insta a hacer penitencia. La justicia divina nos exige que hagamos penitencia. “¿Creen ustedes que me gusta la muerte del malvado?” (Cf. Ezequiel 10,23). Por esta razón Dios envió a su Hijo Unigénito al desierto a hacer penitencia por nosotros, y a animarnos para que la practiquemos.

Viernes: segunda semana de Cuaresma / Amor a la cruz

Artículo en el Holy Ghost Magazine noviembre del 1923, MF 830-33.

“Te adoramos, Oh, Cristo y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo.”
¡O Jesús, eres el más adorable en tu cruz! O, amantes de la cruz, mujeres y hombres que están entrenados en la escuela del Cristo crucificado, contemplan esos brazos extendidos, esos pies lacerados, perforados. Miren bien la herida abierta en su costado, la cabeza inclinada, coronada de espinas. Vean la víctima de la malicia del pecado y el precio pagado por la salvación de nuestras almas . . . Clamamos, impulsivamente, llenos de amor, llenos de arrepentimiento, llenos de adoración: “¡Te adoramos, O, Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo!”

¡Qué mucho debemos amar la cruz! ¡Cómo debemos vivir para ella! Sí, ¡cómo debemos vivir para ella! Crueles, ingratos seríamos si alguna vez olvidamos que la cruz de Jesús fue el instrumento de la redención del mundo. Date cuenta y ruega que, en parte por lo menos, puedas apreciar el privilegio y la gracia que se nos da al exaltar la cruz.

Hay otra lección que esta cruz te ha de enseñar, pero sólo los pocos favorecidos la aprenderán. Muchos mirarán esta cruz como otros tantos la miraron en el pasado, “Todos los que me ven, de mí se burlan, muecas hacen y mueven la cabeza” (Salmo 21,8). Otros la mirarán con amor y santos deseos. Se adentrarán en lo profundo de estos misterios y aquello que para los judíos y los gentiles puede parecer un impedimento y una piedra de escándalo, para otros será “Su plan misterioso que permaneció secreto durante siglos y generaciones. Este secreto acaba de ser revelado a sus santos” (Colosenses 1, 26). (Mis queridos hijos) que sea su gracia el ser contados entre los pocos escogidos.

Que sea su suprema felicidad decir con aquel gran amante de la cruz, San Pablo: “Me propuse no saber

otra cosa entre ustedes sino a Cristo Jesús y a este crucificado” (1 Corintios 2, 2). Si tú quieres conquistar el mundo para Cristo, si tú quieres compartir una gran parte de su gloriosa inmortalidad, entonces debes aprender de la cruz, “Si sufrimos pacientemente con él, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2, 12). Al llegar a esta perfección, tu alma refrescada confundirá a los que odian la cruz, consolará y fortalecerá a los menos favorecidos en la escuela de Jesucristo con tu grito de alegría santa, “Más aún, nos sentimos animados en las pruebas” (Romanos 5, 3).

Stabat mater juxta crucem. Es nuestra gracia de gracias estar de pie con ella. El pequeño grupo de los que tenían fe en Jesús se había disuelto, pero la Madre de los Dolores se queda. Es nuestro día, es nuestra oportunidad, es nuestra gracia trascendental (estar de pie) con ella en el Calvario de nuestra generación, en medio de la indiferencia y el desprecio de su Hijo, estar de pie con ella a los pies de la cruz de Jesús y exaltar, por encima de la turbulencia de impiedad, la cruz de su Divino Hijo, el conquistador del pecado, de la muerte y del infierno.

Lunes: tercera semana de Cuaresma / Necesidad de penitencia

Conferencia a los miembros del Apostolado del Cenáculo Misionero, marzo de 1928, MF 10711.

“Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, y no estés enojado con él para siempre.”

Para nuestra Santa Madre Iglesia, esta temporada es de gran importancia. Es la época de la penitencia. El cristiano ha de conservar su gracia en este tiempo de penitencia para vencer las dificultades, las contradicciones y las luchas de la vida cristiana a lo largo del año.

En esta santa época hay algunas lecciones que aprender que no son agradables. Más bien son humillantes y calan muy profundo, quizás hasta el tuétano del hueso. En la liturgia del tiempo de Cuaresma, la Iglesia también nos habla de verdades que son muy saludables. No nos exime de nada porque es una madre tierna. Ella alerta a sus sacerdotes a que le digan la verdad a su gente, pues ella ha aprendido una lección de su divino fundador, un secreto terrible, el secreto de la penitencia.

Ella aprendió de Jesucristo la verdad que el mundo odia y, porque ella se mantiene firme, el mundo la rechaza. El mundo nunca ha aceptado esa lección de la penitencia y nunca la aceptará y ésta, realmente, mis queridos hijos, es prácticamente toda la razón por la cual el mundo se opone a Cristo y a su Iglesia. La Iglesia sabe que la doctrina de la penitencia es desagradable, los sacerdotes saben que es desagradable, pero, ¿qué haremos?

Nuestro salvador, manso y humilde lo afirma y también responsabiliza a nuestras conciencias: “Pero, si ustedes no hacen penitencia, perecerán igualmente” (Lucas 13, 3). Es así que, por dos mil años, hemos oído en la Iglesia el silbido y el voltear del látigo penitencial. Hemos visto generaciones de mujeres y hombres macerándose con terribles penitencias y ayunos, utilizando el silicio y, de hecho, para poder crucificar lo que hay desordenado en ellos, han herido su carne hasta llegar a los huesos.

Nuestro Señor habla de un camino derecho y estrecho para llegar al reino del cielo y no importa hacia donde tiremos el ojo, vemos la cruz en todos lados. Ésta es la santa tarea encomendada ahora a nosotros, los sacerdotes. Ustedes, sacerdotes de Dios, ustedes están entre el pórtico y el tabernáculo clamando: “¡Perdona, Señor, perdona a tu pueblo!” (Cf. Joel 2, 17). Puesto que soy sacerdote debo recordarles ahora esas tristes verdades. ¿Por qué? Porque considerar esas verdades, los salvará.

La Iglesia nos dice, suplicante y categóricamente: “Les exhorto a que no hagan infructuosa la gracia que

han recibido.” Piensen en cómo la Iglesia nos trata. Durante la santa temporada de Cuaresma ella nos tira migajas sin levadura, nos habla de penas y miserias para nuestras pasiones desenfrenadas aun cuando buscamos se nos excuse (del ayuno) en razón de nuestros achaques, flaquezas e incapacidades. Sí, ella puede brindar un alivio pero nos dice: “No puedo absolverlos de la obligación de hacer penitencia.”

Mis queridos hijos, recuerden que somos pecadores e hijos de pecadores y que nuestras madres nos concibieron en el pecado. Por el pecado llegó la muerte al mundo. Es a través del pecado que todas estas consecuencias, horribles y miserables, afligen el alma y el espíritu del hombre. Y es por eso que somos sanados sólo mediante la penitencia saludable.